

-El sugestivo e irresistible encanto de la corrupción-

Francisco López (Fisquero)

I –Una inesperada invitación.....	1
II –Sueños premonitorios.....	8
III –El viaje del chamán.....	14
IV –Vislumbrando el laberinto.....	20
V –El corazón de la ignominia.....	25
VI –Cotillón Mirón, detective e investigador.....	35
Epilogo.....	49
Nota del autor.....	50

I

Una inesperada invitación

Abrí la puerta de mi apartamento y me abalance en su interior deseoso de hallar allí el final de aquel horrible lunes, a lo largo del cual, y arrastrando las secuelas de una tremenda resaca consecuencia de un desenfadado fin de semana, habían pasado ante mí varios juicios como si de un mal sueño se tratasen, y los cuales sinceramente no sabría explicar, como conseguí que el veredicto hubiese sido favorable a mis clientes.

Apenas me había dejado caer en el sofá, y sin darme tiempo a acomodarme, sonó estrepitosos e impertinente el teléfono.

Pensé que sería Mónica, se había dejado olvidados en la mesita de noche unos pendientes, según ella muy valiosos, regalo de su actual marido.

-Sí, dígame -contesté de mala gana, tras descolgar el auricular

- ¡Hola! ¿Habló con Abelardo Espín? -preguntó una voz gangosa, al otro lado de la línea.

-Sí, soy yo mismo, ¿Quién llama?

Tras un breve silencio seguido de un ligero carraspeo, el sujeto se identificó, y con voz lánguida, expuso el motivo de su llamada.

- Buenas tardes Abelardo, soy Doroteo Kruser, no sé si me recordaras, estudiemos juntos en la Facultad de Derecho... - la voz se entrecortó unos instantes, como concediéndome una pausa para recordar, y a continuación, sin darme tiempo ni siquiera a asimilar aquello que me decía me comunicó el motivo de su llamada... Verás, quería..., tengo que comunicarte una mala noticia. Mario Clement, tu mejor amigo de la Universidad ha fallecido esta mañana ha consecuencia de un paro cardiaco. Pensé que podrías estar interesado en asistir a su funeral. De ser así, éste será mañana a las cinco y treinta de la tarde, y se celebrará en el tanatorio situado en la zona Sur de la ciudad.

Recibí el mensaje como un jarro de agua fría, apenas sin darme tiempo a articular palabra, al otro lado de la línea mi interlocutor colgó el teléfono, sin dar lugar a recuperarme de la impresión causada por tan inesperada noticia.

Recuerdos imborrables se agolparon en mi mente.

Recordé el aspecto entre repelente y chocante de Doroteo, un obseso detallista, puritano del perfeccionismo, en los exámenes siempre obtenía las mejores notas; “rata de biblioteca” le llamábamos cariñosamente.

Recodé con nostalgia al ahora difunto Mario, éste era un fenómeno del escaqueo y un auténtico figura para organizar juergas. Ya habían transcurrido diez años desde que abandonamos la Facultad. Después, y una vez acabada la carrera, solíamos reunirnos una vez al año, hasta que un día Mario decidió casarse. Insistió mucho para que asistiese a su boda, pero éste tipo de compromisos va en contra de mis principios. Ahora, tras la noticia de su muerte, me sentía un poco culpable al no haberle complacido acompañándolo en aquel duro trance para él, el de su boda. Lo cierto es que el día para el que fijó la ceremonia, yo tenía una cita ineludible en las islas Seychelles... con una chica muy dulce... ¿Cuál era su nombre? ... ¡Ha! Ya recuerdo, Irene, ¡Qué chica aquella!

Sí, definitivamente tenía que acompañar a Mario en aquel su último viaje.

A la tarde del día siguiente. Allí estaba yo en el tanatorio, vistiendo un traje de negro riguroso e intentando averiguar la sala en la cual se hallaba el cuerpo del difunto Mario Climent; en recepción el mostrador estaba vacío y sin nadie que pudiese informarme, por lo que tuve que buscar por mi cuenta la ubicación del sepelio en las distintas salas en las cuales se velaban a los numerosos difuntos que aquel día se hallaban allí.

Después de escudriñar en diferentes duelos intentado hallar alguna cara conocida, y cuando ya comenzaba a contagiarme del ambiente deprimente que había en aquel lugar, observé en el umbral de la puerta de una de las salas algo que me sobresaltó e inquietó: ¡Vi a mi amigo Mario! Éste se apoyaba con una mano en el marco de la puerta, mientras que con la otra mano me hacía gestos para que me acercase hasta él.

El corazón se me aceleró y por mi mente cruzaron como un rayo varias ideas: “O Doroteo se había equivocado de muerto, o yo estaba viendo el espectro de mi amigo

Mario que me llamaba desde el inframundo. O quizá lo peor de todo, o sea, que pudiese estar siendo objeto en mi persona de una de aquellas pesadas bromas a las cuales nos sometíamos frecuentemente en nuestra época estudiantil, en las que intentábamos comprobar quién poseía para ello mayor atrevimiento e ingenio, y en las cuales siempre Mario nos superaba a todos.

Al acercarme y, antes de llegar hasta el lugar en donde creí ver a Mario, éste entró a la sala, al llegar yo allí le busqué con la mirada entre el nutrido grupo de persona que la concurrían, no le vi a él, pero quedé deslumbrado al contemplar a una bella mujer que en el centro de la estancia era objeto de atención por parte de algunas de las personalidades más influyentes de la ciudad, allí se encontraban el alcalde y gran parte de su equipo de gobierno, así como importantes hombres de negocios y algunos de los directores de los Bancos más relevantes e importantes, todos ellos vestían trajes grises clásicos, camisas con gemelos, y oscuras corbatas, sus portes eran altivos y prepotentes, pero con la bella mujer se mostraban muy solícitos y afectuosos.

La mujer en cuestión tendría uno treinta años, lucía una larga cabellera rubia que descansaba graciosamente sobre sus hombros y tenía unos preciosos ojos azules que armonizaban con sus suaves y bien moldeadas facciones, un traje de dos piezas de negro riguroso marcaban su bonita y esbelta figura, la cual era realzada por unos zapatos negros de altísimos tacones de aguja. Ella era objeto de consideración de los allí presentes, y con gran elegancia y cortesía a todos atendía, se denotaba en sus ademanes

que tenía mucho mundo y don de gentes. Extasiado con la contemplación de aquella elegante y hermosa mujer olvide por completo el lugar en el cual me encontraba.

Una mano se posó sobre mi hombro sacándome de mi ensimismamiento.

-¡Hombre, Abelardo Espín, has venido!

El rostro de bufón de Doroteo mostraba una sonrisa fuera de lugar. Le pregunté en tono iracundo por Mario, esperando me explicase en que consistía aquella extraña charada, él por respuesta, y sin que en ningún momento desapareciese de su rostro su estúpida sonrisa, me condujo hasta una vitrina que se encontraba al final de la sala; allí, y a través de unos cristales se podía contemplar un féretro rodeado de flores y, en cuyo interior se encontraba el cuerpo amortajado de mi amigo Mario Climent.

-Quién lo iba a suponer, tan joven y con tan buena salud – añadió, sin concederme un segundo para recuperarme de la confusión.

Y a continuación, me condujo hasta el centro de la sala y me presentó a la rubia enlutada.

-Señora Clement, le presento a Abelardo Espín.

La mujer me miró interesada y me tendió su mano cuyo suave tacto me produjo un agradable estremecimiento.

- Le acompañé sinceramente en el sentimiento señora Clement... ..su marido era un buen amigo y un buen tipo -acerté a decir.

-Le quedo muy agradecida por su presencia aquí en estos momentos, Mario y aquí su socio Doroteo, me han hablado mucho de la amistad que les unía a ambos.

Su voz era suave y sin acento -“es la mujer perfecta, pensé, ¿socios Mario y Doroteo?, no sabía nada al respecto, pero claro habían pasado muchos años sin contacto alguno”.

Nada comenté acerca de mi visión a la entrada al funeral, enterremos a Mario y al finalizar el duelo y, durante el refrigerio en el cual se sirvieron canapés y champagne, ya repuesto de mi turbación, me dirigí de nuevo a la bella viuda.

-Señora de nuevo le trasmito mis condolencias, si en alguna ocasión lo precisa, me tiene usted su disposición tanto en lo personal como en lo profesional

- Elizabeth..., Elizabeth es mi nombre. Puede llamarme así, y por favor, le ruego que me tutee -El tono de su voz sonó muy íntimo y próximo-. Y sí, deseo pedirle que me visite cuando le sea posible, Mario me aconsejó... más bien me advirtió, que si a él le ocurría alguna cosa, usted sería la persona idónea para consultarle algunos asuntos legales.

En aquel momento no fui capaz de percibir en sus palabras nada fuera de lo normal, tan sólo sé que me sentí muy halagado en mi vanidad, y no pude evitar -aún encontrándome en semejante lugar y situación- deleitarme pensando en lo placentero que sería obtener unos momentos de intimidad con aquella deliciosa criatura.

Fue quizá adivinando mis pensamientos, que Doroteo me hizo un pícaro guiño, tras el cual, Elizabeth y él se introdujeron en un lujoso Rolls-Royce Phantom y se marcharon sin despedirse

II

Sueños Premonitorios

Aquella tarde, como era habitual pasé por el club D´Rossi, Rita cantaba un blues cadenciosamente melancólico, el cual y tras ingerir el segundo whisky, me indujo a analizar mis años como abogado de oficio defendiendo a camorristas, estafadores, carteristas y prostitutas, y no pude evitar compararlos con la selecta y distinguida asistencia del duelo, y sí, he de reconocer que sentí una molesta y sincera envidia de Doroteo al recordarlo subiendo a aquel lujoso coche en compañía de tan fascinante mujer.

-¡Hola mi amor! -me susurró Rita al acomodarse a mi lado en la barra- ¿Qué te pasa hoy? Te encuentro un poco decaído.

Rita era una mulata de muy buen ver que daba un toque de distinción a aquel local, casi siempre tenía alguna deferencia hacía mí, pues se sentía muy agradecida al haberles evitado a varios de sus primos el entrar en la cárcel por unos asuntos de venta ilegal y estancia en el país sin documentos.

-Hola Rita, tienes buen ojo; hoy he hecho balance de mi vida, y la verdad es que he quedado muy decepcionado con el resultado -le respondí lacónicamente-

-Mira mi vida, tú lo que necesitas es armonizar tu parte física con tu parte espiritual -e introduciéndome una pequeña tarjeta de visita en el bolsillo superior de la chaqueta, me

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

